

Rafael Guastavino supervisa sobre un arco la construcción de la Biblioteca Pública de Boston en 1889.



GUASTAVINO, EL TRUHAN ESPAÑOL QUE CONSTRUYÓ NUEVA YORK

Una biografía de Andrés Barba y una novela de Javier Moro rescatan al olvidado arquitecto que importó la bóveda mediterránea a Estados Unidos, montó una 'falla' en pleno Manhattan y tuvo una vida de pura picaresca

POR VANESSA GRAELL BARCELONA

EN UN SOLAR DE Manhattan, un arquitecto prende fuego a una bóveda y la deja arder durante más de cuatro horas delante de policía y de miembros del ayuntamiento. Cuando se apaga, coloca sobre ella 50 toneladas de peso para

demonstrar su resistencia ignífuga. Esa *falla* neoyorquina de 1897 es obra de Rafael Guastavino (1842-1908), el valenciano que construyó algunos de los edificios icónicos de Nueva York (la Grand Central Terminal, el puente de Queensboro o la catedral de Saint John the Divine) y que tuvo la osadía de patentar un sistema milenario de construcción —la bóveda tabicada medieval— al que añadió cemento Portland.

Completamente olvidado en España, más allá de algunos círculos académicos, Guastavino participó en la construcción de más de 1.000 edificios en Estados Unidos. No fue su arquitecto, pero sí el constructor que creaba y moldeaba el espacio: el español que puso la bóveda a la arquitectura americana y la volvió histórica. Pero Guastavino

fue también un personaje digno de la mejor tradición picaresca: un truhan que estafó 40.000 dólares (hoy serían unos 400.000) y huyó de España, un donjuán (a los 17 dejó embarazada a su prima Pilar, se casaron y tuvieron hijos pero se marchó a Estados Unidos con su amante Paulina, la institutriz de los niños), un sibarita productor de vino (montó una bodega en Huesca y también sus propios viñedos en North Carolina) y violinista en sus ratos libres. Su fascinante figura resucita desde la literatura con la biografía de Andrés Barba *Vida de Guastavino* y *Guastavino* (Anagrama) y la novela de Javier Moro *A prueba de fuego* (Espasa).

«¿Es Guastavino un héroe nacional? ¿El que vivió un sueño americano a la española? Hay la tentación de convertirle en un personaje perfecto,

pero Guastavino es demasiado *outsider*, con un punto de delirio y genialidad. Además existen enormes blancos de información en su vida. Es un antihéroe clásico, muy propio de las películas de Berlanga. Seductor y caradura, un trepa... Y un visionario: aportó el carácter modernista a la arquitectura norteamericana», opina Andrés Barba, que ha escrito una breve, irónica y deliciosa biografía literaria, apenas 100 páginas, en la mejor tradición de Borges, De Quincey o Michon.

«Con los mismos datos se podrían escribir múltiples biografías posibles, todas verosímiles. Pero como toda narración histórica, la biografía es una ficción», advierte el escritor. Y hace cómplice al lector de esa ficción: «Nos parece tan

divertido, tan español, que estafara 40.000 dólares. Amamos a los ladrones, digámoslo claro». Amamos a los ladrones de folletín y Guastavino fue (a veces) uno de ellos. «Cuando llegó a Nueva York, después de la estafa y de arrastrar a un niño de nueve años por medio mundo, ile deprimió profundamente que la gente escupiera en la calle y mascara tabaco! Toda la verosimilitud de una vida está en esos pequeños detalles», considera Barba.

Pero la historia de Guastavino se desdobra con otro Rafael Guastavino, su hijo (el único que se llevó a Estados Unidos) que resultó ser moralmente opuesto al padre y quien firmó algunas de las obras más notables de la compañía: el Hotel Plaza, el antiguo Madison Square Garden o la Columbia University. «La vida de

Guastavino es en realidad doble: la del padre y la del hijo, no se pueden separar», señala Barba. «Son dos. Padre e hijo competían y rivalizaban. Rafaelito tenía mucho talento. Y fue el padre quien le enseñó, casi como a los aprendices medievales. A veces es

ANDRÉS BARBA:
"ES UN ANTIHÉROE CLÁSICO, MUY PROPIO DE LAS PELÍCULAS DE BERLANGA"

JAVIER MORO:
"EN LAS CARTAS INÉDITAS, DESCUBRÍ QUE GUASTAVINO HABÍA VIVIDO UNA DOBLE VIDA"

difícil establecer dónde acaba uno y empieza el otro», coincide Javier Moro, que ha dado la voz a Rafaelito en *A prueba de fuego*. Es el hijo quien explica en primera persona la biografía del padre y la suya propia (también con tintes folletinescos: en su viaje a España se libró de subir a bordo del Titanic, aunque tenía los pasajes reservados desde hacía meses).

A prueba de fuego es más que una novela. A falta de ensayos biográficos o tratados en profundidad sobre Guastavino, Javier Moro se embarcó en un azaroso viaje que le llevó desde Sigüenza hasta Fort Myers (Florida) para encontrar unas cartas inéditas que cambian por completo la historia oficial. Según los registros, Rafaelito era el cuarto hijo de la esposa legítima de Guastavino, la prima Pilar (aunque no eran de sangre, fue adoptada por su tío Ramón). Ya con vidas separadas y con Guastavino viviendo con su amante Paulina Roig, Pilar se marchó a Argentina con tres hijos, dejando solo a Rafaelito con el padre. «Es un gesto que no tiene ningún sentido...», señala Moro.

En las cartas inéditas, Moro descubrió que «Rafaelito era hijo de Paulina, no de Pilar! Guastavino había vivido una doble vida e incluso había inscrito a Rafaelito como

El Mundo 10/12/20

hijo legítimo». En su novela, cuyo eje es la relación padre-hijo, Rafaelito descubre sus orígenes. ¿Y cómo llegó a esas cartas inéditas? «Fue una carambola. Visité a una descendiente de los Guastavino, Amparo Donderis, que es archivera en Sigüenza. Ella me puso en contacto con un primo americano suyo, James Black, que acababa de heredar unas cartas. Así que viajé a Florida y me enseñó un centenar de misivas que ni él había leído porque estaban en castellano... La primera que leí era de Paulina y se refería a Rafaelito como *el hijo de mis entrañas*», cuenta Moro.

Después de Paulina, que no se adaptó a la vida en Estados Unidos y regresó a España, vino la mexicana Francisca, 15 años más joven que Guastavino, y también una amante que le chantajeó, de la que Moro también ha encontrado cartas. «Hay un trabajo de historiador en esta novela. Al principio tenía muchas dudas... ¿A quién va a interesarle la vida de un arquitecto? No le veía el lado comercial, hasta que descubrí esas cartas...», admite Moro, que ha viajado a todos los lugares de Guastavino, incluyendo la finca en Black Mountain (Asheville) donde se retiró en sus últimos años. Él mismo construyó su mansión, conocida como The Spanish Castle. «Los domingos cocinaba paella e invitaba a amigos y vecinos. También tenía su propia bodega y hacía sidra y vino», cuenta Moro. De la Biblioteca de Boston al Capitolio de Nebraska, el rastro de Guastavino ha quedado en cientos de bóvedas. Y su vida ya tiene la novela (y la biografía) que merecía.